

Una competencia sin reglas

La candidatura presidencial de Roberto Madrazo

Rogelio Hernández Rodríguez*

Resumen: Las disputadas elecciones presidenciales de 2006 desplazaron al PRI hasta colocarlo en el tercer lugar de las preferencias. Si bien hubo una profunda polarización entre los partidos de izquierda y derecha, y errores en la campaña del PRI, también es posible encontrar una causa más en el proceso de selección del candidato Roberto Madrazo. Este ensayo reconstruye el proceso de postulación de 2005, así como las condiciones históricas y coyunturales que lo hicieron posible, las confrontaciones internas y la recomposición de intereses entre los grupos políticos del PRI, que le permitieron, por primera vez en su historia, convertir a su principal dirigente en candidato presidencial.

Palabras clave: candidato presidencial, PRI, elecciones, Roberto Madrazo.

A Competition without Rules: The Presidential Candidacy of Roberto Madrazo

Abstract: The disputed presidential elections of 2006 moved the PRI to third place of preferences. While there was a deep polarization between the parties of left and right, and errors in the PRI's campaign, it is also possible to find another cause in the process of choosing the candidate Roberto Madrazo. This paper reconstructs the nomination process of 2005, as well as the historical and short-term conditions that made it possible, the internal confrontations and recomposition of interests of political groups in the PRI, which allowed, for the first time in the history of this party, to make its leader a presidential candidate.

Keywords: presidential candidate, PRI, elections, Roberto Madrazo.

Ganar o perder elecciones depende de la eficacia partidaria pero también de la calidad de los candidatos que, a falta de una definición unívoca, puede entenderse como una combinación de factores, entre los que destacan su imagen y fama públicas y, sobre todo, la experiencia política que le permita resolver conflictos y establecer negociaciones para conseguir

*Rogelio Hernández Rodríguez es profesor-investigador de El Colegio de México (Colmex), Camino al Ajusco 20, Col. Pedregal de Sta. Teresa, México D.F., 10740, Tel. (52 55) 54 49 30 00 ext. 3110. Correo electrónico: rhernan@colmex.mx.

Artículo recibido en julio de 2008 y aceptado para su publicación en abril de 2009.

triumfos. Todo esto, que con diferente énfasis se reconoce en los análisis sobre el tema, deja pendientes los procedimientos de cada partido para seleccionar a sus candidatos. Tanto la eficacia electoral del partido como elegir a un candidato adecuado dependen en gran parte de las reglas internas y, desde luego, de la competencia entre los grupos que, en mayor o menor medida, se ajusten a esas normas. Pero si el partido carece de ellas, la disputa por los cargos no sólo puede ser feroz sino provocar divisiones que afecten decisivamente el funcionamiento del partido. Sin contar, por supuesto, con que el ganador puede ser no el que tenga las mejores cualidades sino el que haya sido más hábil para imponerse a los demás.

Esas consideraciones tienen particular importancia para comprender la forma en que el PRI eligió a Roberto Madrazo, su dirigente, como candidato a la presidencia de la república. Aunque es evidente que Madrazo aprovechó su posición como presidente del Comité Ejecutivo Nacional (CEN) para construir su candidatura, no está clara la manera en que logró sobreponerse a los grupos y líderes fuertes apegándose solamente a la estructura del partido. Muchos y variados son los elementos que estuvieron presentes en este proceso. El primero y más destacado es que, desde el año 2000, cuando perdió la presidencia de la república, el PRI carecía de un liderazgo único, creíble y reconocido por todos sus miembros, capaz de conducirlo tanto para definir sus posiciones en la política nacional como para dirimir los conflictos internos. Pero también carecía de un árbitro institucional y de normas internas que regularan la competencia por los puestos de dirección y elección popular. Ambas carencias se derivan de su propia historia, pues el partido tradicionalmente resolvió estos asuntos mediante procedimientos informales que reconocían al presidente de la república como su líder real y, al mismo tiempo, como la instancia que decidía varias candidaturas y, sin duda, la del sucesor. Sin árbitro ni líder, el PRI ha tenido que transitar por un accidentado camino en el que existen múltiples liderazgos y poderes, tanto institucionales como regionales, que imponen condiciones particulares a cada competencia. La presidencia del PRI, que hasta el año 2000 era un puesto instrumental, ha cobrado una importancia mayor que, sin embargo, no ha logrado consolidarse y cuyo poder debe compartir con otros líderes, en especial con los gobernadores, quienes controlan las estructuras locales del PRI, tal como antes lo hacían, pero ahora sin un presidente que les imponga límites.

La candidatura de Madrazo expresa estas disputas y carencias, y pone de relieve los riesgos de emplear la presidencia del PRI como medio para

conseguirla frente a fuertes aspirantes, como son los gobernadores, en medio de acuerdos de corto plazo altamente cambiantes. En rigor, este episodio y su fracaso electoral son una muestra más de que el PRI atraviesa por una cerrada disputa entre grupos y líderes, incapaces de definir su funcionamiento, estrategias y reglas para elegir a sus dirigentes y candidatos. No obstante, el proceso de 2005 no podría entenderse cabalmente si sólo se centrara en los problemas que ha enfrentado el PRI desde su derrota en el año 2000. En realidad, el partido ha experimentado cambios radicales desde los años ochenta y, de manera especial, en los mecanismos para seleccionar a su candidato para la presidencia.

Un control cuestionado

Es bien sabido que en el PRI la postulación a cargos de elección no contó con procedimientos efectivos y que, aunque pasaban por consultas y negociaciones diversas, el partido tuvo siempre un elector decisivo que, según se tratara del ámbito federal o estatal, era el presidente de la república o los gobernadores. Así, los diputados federales y los senadores, al igual que las mismas gubernaturas, fueron elegidos en última instancia por el presidente en turno, mientras que los diputados locales y las presidencias municipales, por los mandatarios de cada entidad. Fue un cuidadoso y equilibrado mecanismo, que lo mismo dividía las responsabilidades políticas, que servía como recurso para garantizar la estabilidad en los estados. Pero la candidatura a la presidencia era un asunto reservado por completo al presidente saliente.

Si bien los pocos testimonios disponibles (López Portillo, 1988; Castañeda, 1999) confirman que el presidente recogía opiniones y hacía consultas, era él quien, de un número determinado de candidatos, seleccionaba al sucesor. Podrían considerar intereses políticos internos, equilibrios nacionales, intereses económicos, habilidades y experiencia, pero predominaban los proyectos de largo plazo y los compromisos contraídos durante la administración que terminaba. Al margen de lo que dijeran los estatutos del PRI, el presidente era quien decidía y sólo hasta ese momento se ponía en marcha el ritual interno de la postulación y la maquinaria partidaria. El partido estableció siempre reglas para esas postulaciones y concedió formalmente esa facultad a las convenciones de delegados, pero aunque se realizaran solamente servían para sancionar decisiones tomadas con anterioridad y por otros sujetos. Era el caso, por ejemplo, de los sectores del partido, centrales

hasta los años noventa, que formalizaban ante el presidente del CEN la propuesta del candidato.

Dos hechos deben destacarse en este proceso. El jefe del Ejecutivo cumplía el papel de elector pero también de árbitro indiscutible de grupos e intereses. Su decisión era aceptada por todos los participantes y por toda la élite política, muy al margen de la competencia interna y los méritos de los precandidatos. Aunque pueden documentarse algunas fricciones, las diferencias nunca trascendieron a la decisión misma y, al contrario, una vez tomada, el equilibrio se reestablecía gracias a la disciplina de la élite y del partido. La segunda característica es que, dado el centralismo político, los precandidatos eran exclusivamente los miembros del gabinete presidencial. Eran ellos quienes a nombre del presidente y del gobierno federal desarrollaban los programas nacionales, atendían la política del país, tenían visibilidad pública y todos los recursos para construirse apoyos en el partido y en el resto de las instituciones. Por razones obvias, no todos los secretarios de Estado tenían las mismas posibilidades de alcanzar la candidatura, pero sí contribuían a fortalecer alguna, de tal manera que se formaban grupos que apoyaban al candidato durante la competencia y después se integraban al equipo presidencial.

La pertenencia al gabinete y el largo predominio de las trayectorias en la administración pública que caracterizaron la formación de la élite política tradicional en México, garantizaban tanto la experiencia política como la administrativa y el estrecho vínculo del sucesor con el gobierno, el presidente y el proyecto nacional que terminaba. No es el lugar adecuado para discutir el tema pero baste recordar que el aprendizaje político de la élite no ocurría en los cargos de elección ni menos aún en el partido, sino en largas carreras en la administración pública federal, las cuales en algunos casos se combinaban con experiencia legislativa o partidaria. En buena medida el predominio presidencial y el carácter instrumental del PRI, también subordinado al Ejecutivo, hicieron que no hubiera otro ámbito que el federal y el administrativo para la formación política (Smith, 1981).

En este diseño, el dirigente del PRI no era elegible para ocupar la presidencia de la república; primero, porque era el responsable de hacer funcionar el partido de acuerdo con los intereses presidenciales, y segundo y decisivo, porque tenía en sus manos tanto el aparato partidario como los procesos electorales. Conceder al dirigente del PRI la posibilidad de competir por la candidatura significaba una clara ventaja en contra de los secretarios de Estado que no sólo podía desequilibrar los apoyos sino perjudicar el desempe-

ño del PRI en los comicios. El presidente del partido y el mismo partido estaban destinados a apoyar las decisiones del jefe del Ejecutivo. Este principio era tan reconocido que normalmente el dirigente del PRI ocupaba una secretaría de Estado una vez concluido el proceso electoral como reconocimiento a su lealtad y, dependiendo de la secretaría, para que iniciara su propia disputa sucesoria.

Este esquema, que funcionó sin complicaciones desde los años cuarenta, tuvo variaciones importantes a partir de 1982 con la llegada al poder de una nueva generación priísta, alejada de la política, sumamente racionalista y pragmática, que provocó graves conflictos internos y un profundo desencuentro entre el PRI y los siguientes presidentes. Las relaciones fueron tensas y originaron cambios estructurales en la organización del partido y en las reglas, formales e informales, para seleccionar al candidato presidencial. Hubo escisiones, costosas y decisivas, para el futuro del PRI, y surgieron nuevos liderazgos internos que disputaron al presidente el control del partido y, desde luego, la selección del candidato.

El primer cambio ocurrió en 1987 para elegir al sucesor de Miguel de la Madrid. Hasta entonces la facultad presidencial para decidir no había sido cuestionada ni había perdido su control absoluto, pero con la llegada de De la Madrid y su equipo, convencionalmente calificado como tecnocrático, la élite política tradicional fue marginada y se pusieron en marcha cambios económicos que no se aceptaron con facilidad. Hacia el final del sexenio de De la Madrid se formó la Corriente Democrática dentro del PRI, encabezada por Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo, y que exigió a sus dirigentes debatir el programa del próximo gobierno y, sobre todo, definir un mecanismo para discutir y, en su caso, elegir al candidato (Garrido, 1993). Como sería reconocido más tarde por el propio De la Madrid, la formación de la Corriente Democrática fue estimulada, entre otros factores, por la certidumbre de que el presidente elegiría como candidato a Carlos Salinas de Gortari, secretario de Programación y Presupuesto y principal responsable de la política económica (Castañeda, 1999, pp. 163, 213-215).

La Corriente Democrática haría públicas sus propuestas en octubre de 1986 para que la XII Asamblea Nacional, que se celebraría en marzo de 1987 y que decidiría las condiciones para postular al candidato, las discutiera. La asamblea no sólo no las tomó en cuenta, sino que censuró al grupo disidente, cuyos dirigentes serían expulsados de manera formal en junio de 1987. Entre marzo y junio de ese año, Cuauhtémoc Cárdenas demandó frecuentemente debatir con los secretarios que se mencionaban como fuertes aspi-

rantes —Manuel Bartlett, Carlos Salinas y Alfredo del Mazo—, lo que indicaba que el punto central del conflicto no era la postulación misma, sino el mecanismo que dejaba en manos del presidente decidirla y que, en las condiciones de aquel sexenio, hacía segura la designación de Salinas.

Estas precisiones son importantes porque ya en julio de 1987 Jorge de la Vega Domínguez, presidente del PRI, declararía que la selección sería mediante la consulta a las bases, un mecanismo previamente usado por el PRI para elecciones menores, pero, según los estatutos, considerada como posible para la presidencial (Garza, 1987). A mediados de agosto, cuando la Corriente Democrática avanzaba en su propia organización y sus críticas al PRI, el CEN decidió que los precandidatos se presentarían ante los líderes de los sectores, de las Cámaras de Diputados y Senadores, presidentes de los comités directivos estatales y miembros del CEN, para presentar sus ideas y propuestas sobre los problemas nacionales y la plataforma del partido (*Excélsior*, 1987).¹

Las comparecencias de los candidatos no pretendieron restar poder al presidente, sino tan sólo acallar las críticas de la disidencia. Como más tarde trascendería, los secretarios enviaban sus presentaciones a la presidencia de la república antes de que fueran expuestas ante el PRI, y eran regresadas con observaciones y sugerencias. Más aún, la presidencia, por medio del secretario particular de De la Madrid, Emilio Gamboa Patrón, exigía un formato rígido para las exposiciones que, en palabras de Bartlett, no dejaba libertad al candidato (Rodríguez, 1987). Aunque el procedimiento no impidió que el presidente finalmente se decidiera por la persona que se esperaba, sí obligó al viejo sistema a permitir que los otros aspirantes, con más o menos posibilidades, se presentaran como opciones reales y que los militantes abiertamente se pronunciaran por ellos. En mayor o menor medida, estos apoyos alentaron expectativas en algunos candidatos que, al parecer, no creyeron en la formalidad del procedimiento. Fue el caso de Alfredo del Mazo, que desde la noche previa al día en que se daría a conocer la decisión, divulgó deliberadamente que el favorecido era Sergio García Ramírez y provocó durante toda la mañana del domingo 4 de octubre que tanto medios de comunicación como militantes del partido felicitaran al supuesto

¹ Los seis funcionarios fueron Ramón Aguirre, regente del Distrito Federal; Manuel Bartlett, secretario de Gobernación; Alfredo del Mazo, de Energía y Minas; Sergio García Ramírez, procurador general de república; Miguel González Avelar, secretario de Educación, y Carlos Salinas, de Programación y Presupuesto.

ganador, hasta que la CTM y el PRI hicieron el anuncio oficial. La prueba de que Del Mazo lo hizo conscientemente es que ningún otro participante, incluido el mismo García Ramírez, participó del anuncio (Chávez, 1987).

Estos resultados, fuera del control tradicional y, en particular, de los apoyos explícitos hacia candidatos diferentes al presidencial, hicieron que el procedimiento no se repitiera seis años después. De acuerdo con Salinas, las corrientes de apoyo no desaparecieron una vez tomada la decisión sino que permanecieron, dividieron al partido y afectaron su eficacia electoral. Salinas atribuye a este procedimiento parte de los problemas que enfrentó en las polémicas elecciones federales de 1988 (Castañeda, 1999, pp. 258-259). Salinas reconoce que desde el principio de su mandato y con la ayuda de Luis Donaldo Colosio al frente del PRI decidió no permitir la competencia entre candidatos y menos aún para la elección presidencial. Debido a ello y al centralismo con el que Salinas ejerció el poder, la sucesión de 1994 no presentaría ningún cambio en el procedimiento tradicional. Como en el pasado, aunque hubo otros candidatos, el presidente no permitió ninguna competencia y controló el proceso hasta decidirlo por Colosio. Como en los viejos tiempos, se cumplió el ritual de la postulación mediante los sectores del partido y si bien se repitió el disgusto de uno de los candidatos, el presidente no perdió en ningún momento el control del PRI y los apoyos institucionales.

No obstante, Salinas provocó indirectamente un profundo cambio en la estructura directiva del PRI que a la postre sería decisivo para la postulación del candidato presidencial. Salinas y Colosio emprendieron desde 1989 una reforma interna que buscaba eliminar la influencia de los sectores en la dirección del PRI y en la selección de candidatos. La idea, planteada en términos generales, era que el PRI debía eliminar su estructura corporativa para dar cabida a militantes que representaran a la sociedad del momento y que, en especial, permitieran designar candidatos competitivos (Hernández, 1991). Para conseguir tal propósito, Salinas y Colosio se apoyaron en los órganos directivos del PRI que tradicionalmente eran controlados por los gobernadores. A cambio de eliminar a los sectores, Colosio concedió a los mandatarios una decisiva influencia que iría en aumento creciente conforme se agravaran los conflictos con Salinas y, más tarde, con Ernesto Zedillo.

En 1990, durante la decisiva XIV Asamblea Nacional, el PRI sustituyó a su antiguo Consejo Nacional, en el que predominaban los sectores, por un nuevo y complejo organismo, el Consejo Político Nacional (CPN), que estaba integrado tanto por representantes de cada sector como por una amplia

participación de comités directivos, estatales y municipales, así como de legisladores:

COMPOSICIÓN DEL CPN, ASAMBLEA NACIONAL, 1990

- a) el presidente y secretario general del CEN
- b) las organizaciones que integran cada sector de acuerdo con el número de sus agremiados
- c) la estructura territorial, integrada por:
 - todos los comités directivos estatales y del DF
 - 16 presidentes de comités municipales
 - un presidente de comité distrital del DF
 - cinco senadores
 - diez diputados federales
 - un diputado local por cada circunscripción plurinominal,
 - un representante de la Asamblea de Representantes del DF
- d) quince cuadros distinguidos

Los sectores quedaron limitados pero a cambio los gobernadores ampliaron su influencia no sólo porque controlaban a los dirigentes locales sino porque el CPN recibió la facultad de seleccionar al candidato presidencial y al dirigente del PRI. La asamblea, cuyos delegados estatales estuvieron encabezados por los gobernadores, propuso también que el candidato debía haber sido dirigente nacional del partido o haber tenido algún cargo de elección popular. Esta propuesta, como algunas otras, no prosperaría ni, como ya se indicó, el cambio en el CPN obstaculizaría las decisiones de Salinas, pero sí sentaron un precedente vital para el PRI.

Con el presidente Zedillo las relaciones con el partido se agravaron notablemente hasta provocar un distanciamiento que terminaría, en la XVII Asamblea Nacional de 1996, con dos modificaciones centrales. Una fue ampliar la representación del CPN, de tal manera que los gobernadores no sólo tuvieron mayor influencia sino incluso participación directa.

COMPOSICIÓN DEL CPN, ASAMBLEA NACIONAL, 1996

- a) el presidente y el secretario general del CEN
- b) los ex presidentes del CEN
- c) representantes de la estructura territorial:
 - todos los presidentes de comités directivos estatales y del DF
 - 31 presidentes de comités municipales y distritales del DF

- siete senadores
 - diez diputados federales
 - dos diputados locales
 - dos diputados de la Asamblea Legislativa del DF
 - cuatro representantes del Movimiento Territorial por cada una de las cinco circunscripciones plurinominales
 - dos presidentes municipales por cada una de las cinco circunscripciones plurinominales
- d) la estructura sectorial, con representantes de las organizaciones nacionales que integran cada sector, según el número de sus afiliados, así como de las organizaciones juveniles y de mujeres
 - e) cinco gobernadores, uno por cada circunscripción plurinomial
 - f) dos representantes de la Fundación Colosio
 - g) 40 cuadros distinguidos, a propuesta del CEN
 - h) representante del Instituto de Capacitación y Desarrollo Político
 - i) secretario técnico

El segundo cambio fue que esta vez la asamblea sí impuso las condiciones de años de militancia y de contar con cargos en el partido y de elección popular para ser candidato a la presidencia (Pacheco, 2002). El desencuentro con el presidente se profundizó y significó que los mandatarios se convirtieran en fuentes reales de poder y decisión partidaria, y que el presidente de la república perdiera tanto el liderazgo tradicional del partido como el control sobre la selección del candidato.² Por primera vez en la historia moderna del PRI, el presidente no pudo imponer libremente al posible sucesor y, si bien el partido y los gobernadores tampoco consiguieron la fuerza suficiente para vencer al presidente, sí lo obligaron a negociar y, al final, a encontrar una fórmula para competir con el candidato que el PRI eligiera.

Ante las condiciones impuestas, Zedillo no pudo postular un candidato con su mismo perfil tecnocrático y se vio obligado a apoyar a su último secretario de Gobernación, Francisco Labastida, que escasamente cumplía con

² Inmediatamente después de la asamblea, Zedillo destituyó al presidente del PRI, Santiago Oñate, y al secretario técnico del CPN, César Augusto Santiago, y designó en sus lugares a Humberto Roque y a Esteban Moctezuma. A pesar de ello, nunca recuperó el control del partido, como lo demuestra el hecho de que a partir de entonces se sucedieron las renunciaciones de dirigentes. De 1996 a 2000 fueron presidentes del PRI Roque, Mariano Palacios Alcocer, José Antonio González Fernández y Dulce María Sauri.

los requisitos del PRI.³ Las confrontaciones de Zedillo no sólo fueron con el partido sino también con algunos gobernadores que, también por primera vez, desafiaron sus lineamientos y decisiones. En esa difícil relación destacaron Manuel Bartlett y Roberto Madrazo, mandatarios de Puebla y Tabasco respectivamente, quienes habían conseguido enfrentar con éxito al presidente; Bartlett con una ley estatal que modificaba la asignación de fondos federales y Madrazo al resistir los intentos de Zedillo de separarlo de su cargo. Además, ambos habían logrado vencer electoralmente a la oposición y, por ende, habían estrechado sus relaciones con la militancia priísta. Durante la XVII Asamblea fueron estos dos gobernadores quienes más impulsaron las reformas y la línea de independizar al partido de las riendas presidenciales (Langston, 2001, pp. 506-507).

Los cambios, tanto en el PRI como en la relación con los gobernadores, terminaron por completo con el control presidencial y obligaron a ensayar procedimientos para seleccionar al candidato. Como se verá enseguida, todos los intentos, con sus respectivas diferencias, han tenido dos características básicas: la influencia de los gobernadores y la estructura partidaria y la ausencia total de normas y órganos que regulen la competencia. Sin presidente que decidiera y sin reconocimiento pleno a los nuevos poderes internos, el PRI ha establecido condiciones específicas para cada caso sin definir un método único y aceptado por todos.

En 1999, ante el equilibrio de fuerzas que se presentó entre el PRI y el presidente, se decidió que el candidato sería elegido mediante votación directa y secreta de militantes y simpatizantes, pero el ganador no sería el que obtuviera el mayor número de votos sino el que ganara el mayor número de distritos. El esquema, inspirado claramente en las primarias estadounidenses, fue adoptado a pesar del potencial conflicto que entraña el que un candidato obtenga la mayoría de los distritos frente a otro que gane la mayoría de votos (tal como ocurrió en las elecciones presidenciales de Estados Unidos entre George Bush y Al Gore), porque significaba trasladar el control de los comicios a los comités directivos estatales y municipales y, por lo tanto, a los gobernadores. Zedillo, convencido de que ya no podía manejar el partido, negoció directamente con los mandatarios para controlar la vota-

³Labastida había sido gobernador de Sinaloa pero lo único que había tenido en el partido era la subdirección de Proyectos en el IEPES durante la campaña presidencial de José López Portillo, lo que forzosamente podría considerarse un cargo de dirección.

ción de tal manera que, pese a las simpatías que tenían Bartlett y principalmente Madrazo, venciera Labastida. Al final, su ex secretario de Gobernación ganó abrumadoramente las elecciones al reunir 272 de los 300 distritos, mientras que Madrazo obtuvo 21 y Bartlett apenas siete (véase el Anexo). A pesar de que el procedimiento contó con la participación de militantes y simpatizantes, la victoria de Labastida fue tan aplastante que dejó fuertes dudas sobre su limpieza y provocó una grave división en el PRI que afectaría su eficacia electoral en el año 2000.

La lección fue muy clara y reveló que, contra lo que suponían Madrazo y Bartlett, no bastaba la cercanía con los militantes si no se tenía el control de la mayoría de la estructura partidaria en los estados, es decir, si no se tenía el acuerdo de los mandatarios o, por lo menos, un recurso para neutralizarlos. Para 1999 el presidente había perdido por completo el control de la selección del candidato y, en contraste, los gobernadores no sólo mantenían el suyo en cada entidad sino que habían conseguido un poder enorme en la estructura directiva nacional. La situación para el PRI empeoraría notablemente porque no logró ganar las elecciones presidenciales de 2000, con lo cual además de perder por primera vez la presidencia de la república, perdió definitivamente a su líder natural. Desde entonces, el PRI está aquejado por múltiples pugnas internas con grupos y liderazgos incapaces de sobreponerse unos a otros y menos aún de construir un acuerdo nacional que defina el perfil y el futuro del partido. Estas eran, en general, las circunstancias cuando Madrazo se convirtió en presidente del PRI para construir su candidatura.

El PRI de Madrazo

A partir de julio de 2000 el PRI se concentró en buscar un nuevo dirigente y, si bien el proceso fue complicado, estaba claro que Madrazo se perfilaba como un candidato fuerte. A pesar de que las elecciones internas de 1999 las había ganado Labastida, quedaba la idea de que su triunfo había sido fabricado contra Madrazo, a lo que se añadía la derrota electoral a la que, sin duda, contribuyeron las divisiones internas. Lo interesante del proceso que se inició en 2000 es que Madrazo conocía, como pocos, la historia previa. Él había sido testigo o protagonista de varios de los cambios que habían afectado las relaciones del PRI con el presidente y, sobre todo, había participado en los que se introdujeron en los estatutos.

Militante del PRI desde muy joven, Madrazo obtuvo cargos de diferente responsabilidad en la dirigencia del partido desde los años ochenta. En 1987, cuando apareció la Corriente Democrática y De la Madrid y De la Vega propusieron las comparecencias de los seis secretarios que darían una imagen de competencia a la elección de Salinas, Madrazo era secretario adjunto del CEN y, por lo tanto, colaborador de De la Vega. Durante todo el periodo de Luis Donaldo Colosio al frente del PRI, Madrazo fue senador de la república y secretario de Organización del CEN y, en esa calidad, principal responsable de la preparación y el desarrollo de la turbulenta XIV Asamblea. No hay duda de que Madrazo conocía y compartía los propósitos de Colosio y Salinas para reformar el PRI, pero tampoco la hay de que observó la rebelión priísta de aquella Asamblea y la creciente influencia de los gobernadores. En ambos casos, el tabasqueño estuvo presente en los primeros intentos por limitar las decisiones presidenciales.

Más tarde fue el principal protagonista de los enfrentamientos con Zedillo, cuando al principio de la administración presidencial y para ganar el apoyo del PRD, intentó separarlo del gobierno de Tabasco en diciembre de 1994. Madrazo enfrentó a Zedillo y, contra la tradición presidencialista, se mantuvo en la gubernatura. No sólo desafió al Ejecutivo federal sino que también demostró que éste ya no tenía el poder de otros tiempos. Eso le permitió mostrarse ante los militantes como un político comprometido con el partido, en medio de los conflictos entre el PRI y el presidente. Más aún, fue un activo delegado de la XVII Asamblea Nacional que apoyaría los cambios que arrebataron a Zedillo el control de la organización. Finalmente, sería el más fuerte adversario de Labastida y Zedillo en las elecciones internas de 1999, en las que se comprobaría el enorme poder que abiertamente habían alcanzado los gobernadores en la estructura partidaria. Con la experiencia acumulada y tras el desprestigio del equipo de Labastida, Madrazo se convirtió en la mejor opción del priísmo, largamente lastimado por el ascenso de la generación tecnocrática.

No sería fácil su llegada a la presidencia del CEN, pues desde julio de 2000 los gobernadores intentaron controlar el PRI. Desde ese mes y hasta noviembre de 2001, cuando se reunió la XVIII Asamblea Nacional, el centro del debate fue diseñar un mecanismo para elegir al nuevo presidente del partido. La XVIII Asamblea mostró claramente la división del priísmo y que el objetivo era afirmar el control de los gobernadores. En esa ocasión se formaron dos grandes corrientes que se enfrentaron antes y durante la Asamblea (Pacheco, 2002). Una, encabezada por los labastidistas, en la que

destacaban Beatriz Paredes y Jesús Murillo Karam, ex gobernadores de Tlaxcala e Hidalgo y colaboradores de Labastida desde su paso por la Secretaría de Gobernación, que buscaba disminuir la autoridad central del PRI y trasladarla hacia los comités directivos estatales, lo que equivalía a fortalecer a los gobernadores y someter al futuro presidente del partido. En el fondo, los mandatarios intentaban convertirse formalmente en los sustitutos de la figura presidencial, pero sin un líder único, lo que obligaría a frecuentes negociaciones y acuerdos. La segunda corriente, que encabezaba Madrazo y que reunía a grupos regionales y militantes diversos, buscaba convertir al presidente del CEN en el centro de poder del partido, en oposición no sólo a los mandatarios, sino a la fragmentación del PRI. Para Madrazo, como sería notorio a lo largo de su gestión partidaria, el presidente del partido debía convertirse en el líder real, heredero natural del arbitraje que había desempeñado el presidente de la república.

Como resultado de ese enfrentamiento, se introdujeron algunos cambios fundamentales en los estatutos. El primero fue reconocer abiertamente la participación de todos los gobernadores en el CPN y no la representación limitada que habían alcanzado en la anterior Asamblea. A cambio, se amplió notablemente la presencia de los sectores y organizaciones, como respuesta a la marginación impuesta desde 1990.

COMPOSICIÓN DEL CPN, ASAMBLEA NACIONAL, 2001

- a) el presidente y el secretario general del CEN
- b) los ex presidentes del CEN
- c) representantes de la estructura territorial:
 - 31 comités municipales y un comité delegacional del DF
 - una tercera parte de los senadores
 - una tercera parte de los diputados federales
 - dos diputados locales por entidad
 - todos los gobernadores del PRI
 - un presidente municipal por estado
 - un jefe delegacional del DF
- d) representantes de sectores y organizaciones:
 - 50 del sector agrario
 - 50 del sector obrero
 - 50 del sector popular
 - 50 del movimiento territorial
 - 50 del organismo de mujeres priístas

50 del Frente Juvenil Revolucionario

- e) diez consejeros de la Fundación Colosio
- f) diez consejeros del Instituto de Capacitación y Desarrollo Político
- g) tres representantes de grupos con discapacidad
- h) tres representantes de adultos mayores
- i) un secretario técnico

Otro cambio fue que ese órgano ya no tendría la facultad de designar al candidato presidencial ni al dirigente del PRI, sino sólo la de establecer las condiciones de su elección. Ambas modificaciones eran una muestra más del conflicto entre el creciente poder de los mandatarios y la estructura y militancia del partido por controlar el organismo. Una prueba de ello fue que los labastidistas, encabezados por el gobernador de Veracruz, Miguel Alemán, propusieron eliminar las condiciones de cargos directivos y de elección que la XVII Asamblea había establecido para atarle las manos a Zedillo. En este punto los delegados no cedieron un milímetro y la cláusula sobre los requisitos que debía reunir el candidato presidencial se mantuvieron intactos (*La Crónica de hoy*, 2001).

En este caso, al igual que en otros esenciales, la corriente de Madrazo logró imponerse a la labastidista a pesar de que varios de sus miembros ocupaban la mayoría de los cargos directivos en el PRI, debido al rotundo fracaso electoral de su candidato apenas un año atrás. Acerca de la elección del nuevo dirigente, que apremiaba al partido y ante la cual eran obvias las ventajas de Madrazo, ambos bandos coincidían en la votación abierta entre militantes y simpatizantes, pero los labastidistas insistían en el esquema de mayoría de distritos porque con las posiciones en la dirección del partido y el apoyo de gobernadores afines podrían darle el triunfo a Beatriz Paredes. Madrazo, como era de esperar tras su derrota en 1999, se opuso y consiguió que se aprobara la votación abierta con mayoría de sufragios.

Al igual que en aquellas elecciones internas, Madrazo contaba con pocos apoyos de mandatarios pero con un fuerte respaldo entre la militancia. Como lo advierte Pacheco, en una revisión general de apoyos, Paredes contaba con 11 gobernadores priístas, mientras que Madrazo apenas sumaba siete (Pacheco, 2006). Era evidente que Madrazo no podía confiar en ellos para ganar la competencia y que tampoco lograría cambiar las preferencias del bando contrario. Por eso decidió neutralizarlos y convenció a Elba Esther Gordillo, la líder del SNTE, de acompañarlo como secretaria general del PRI. Como puede advertirse, Madrazo aprendió claramente la lección

de 1999 y encontró en el magisterio el mejor recurso para controlar las maniobras de los gobernadores contrarios y, acaso lo más importante, para convencer a los militantes de estados gobernados por partidos diferentes al PRI.

La fórmula funcionó, pues los gobernadores cumplieron con cada candidato, pero mientras Paredes dependió en más de 60 por ciento de ese apoyo, Madrazo consiguió casi esa misma proporción de los militantes priístas en estados gobernados por el PAN y el PRD, donde no había liderazgos identificados con el gobierno, las maquinarias partidarias estaban disponibles y el sindicato magisterial podía actuar con libertad (Pacheco, 2006, pp. 337-343). Madrazo obtuvo 50.9 por ciento de los casi tres millones de votos válidos y Paredes 49.1 por ciento (véase el Anexo), una diferencia mínima que, si bien dejó fuertes dudas sobre su legalidad y limpieza, demostraría que los dos factores centrales en el PRI, los gobernadores y la estructura partidaria, se habían fortalecido a tal grado que podían alcanzar equilibrios paralizantes. Como le dijera Tomás Yarrington —gobernador en ese entonces de Tamaulipas— a Madrazo cuando se preparaba la elección interna, los mandatarios tenían el suficiente poder para cambiar cualquier resultado que no les conviniera, de tal manera que el apoyo de la militancia a Madrazo no le bastaría para alcanzar la presidencia (Cárdenas Cruz, 2002). Era verdad y por eso Madrazo estableció una costosa y frágil alianza con Gordillo y el SNTE.

A partir de entonces, Madrazo desarrolló una estrategia con dos objetivos fundamentales: fortalecer la presidencia del PRI, tal como se había propuesto en la XVIII Asamblea Nacional, y renovar los cargos directivos y el mismo CPN, con militantes afines que le ayudaran a ganar la candidatura presidencial de 2006. Madrazo tenía la suficiente experiencia para advertir que el equilibrio de fuerzas no se modificaría en el corto plazo y que por lo tanto debía establecer frecuentes acuerdos con los gobernadores. Este principio se unió a otro sumamente delicado y que ha marcado el rumbo del PRI desde su derrota en el año 2000, y que consiste en que los acuerdos son cambiantes, frágiles y circunstanciales, debido a que los liderazgos no son duraderos. En especial cuando se trata de los gobernadores, pues dependen en gran medida de su propia posición institucional, la cual les permite controlar el aparato del partido en el estado, así como los recursos del gobierno, pero al mismo tiempo están sujetos a la duración constitucional de sus mandatos. En la medida en que su posición es temporal, los gobernadores establecen acuerdos para alcanzar objetivos inmediatos y, como

ocurriría durante el periodo de Madrazo, pueden incluso cambiar de bando y enemigo con suma facilidad.

Madrazo fue elegido presidente en febrero de 2002, frente a un apretado calendario electoral en el que destacaban varias gubernaturas y, sobre todo, los comicios federales de medio término. El tabasqueño no pasó por alto que el desempeño electoral del PRI sería la prueba esencial para buscar la candidatura, pero que para ello era indispensable acercarse a los gobernadores y alcanzar acuerdos útiles para ambas partes. El resultado fue, desde cualquier punto de vista, sorprendente. En 2000, cuando el PRI perdió la presidencia, los pronósticos anunciaban que declinaría sistemáticamente sus posiciones, pero sucedió lo contrario: el PRI demostró una significativa vitalidad y eficacia electoral. En aquellos comicios, el PRI obtuvo 211 de las 500 curules en la Cámara de Diputados, frente a 206 del PAN y 50 del PRD. Tres años después, el PRI incrementó su presencia hasta 224 asientos, mientras que el PAN los redujo a 151 y el PRD obtuvo 97 (Cámara de Diputados, 2000-2006), con lo cual el PRI afirmó su posición como primera fuerza electoral, se convirtió en el partido capaz de decidir los cambios constitucionales y, por extensión, los estructurales que propusiera el gobierno de Vicente Fox.

El desempeño en los estados fue todavía más significativo, pues en 2003 el PRI gobernaba en 52 por ciento de las más importantes ciudades del país y en 56 por ciento de las ciudades capitales de los estados, lo cual indicaba que tenía un importante voto en las zonas urbanas, más desarrolladas económica y socialmente (PRI, 2003). En cuanto a los gobiernos estatales, el resultado también fue significativo, pues aunque sufrió derrotas no disminuyó su influencia federal. Hasta agosto de 2000, cuando el PAN lo venció en la presidencia, el PRI gobernaba en 21 de las 32 entidades, pero al finalizar los seis años de la administración panista y renovarse la totalidad de las gubernaturas, el PRI perdió solamente cinco y retuvo 17 (el PAN gobernaba nueve y el PRD seis). Uno de los datos más importantes de estas cifras es que el norte del país, que constituye la frontera con Estados Unidos y que se caracteriza por un alto desarrollo económico, era gobernado, con la única excepción de Baja California, por el PRI y no por el PAN, que se suponía naturalmente identificado con aquella población. Más aún, el PRI logró recuperar de forma legítima los estados de Nuevo León y Chihuahua, alguna vez ganados por el panismo y que representan fuertes intereses empresariales y clases medias muy inclinadas a la participación política. Gracias a esta significativa presencia, el PRI se constituyó en una fuerza ineludible para el gobierno de

Fox, no sólo porque en el Congreso contuvo sus propuestas, sino porque tuvo una influencia determinante en la Conferencia Nacional de Gobernadores (Conago) para aumentar montos y reasignar partidas de los fondos presupuestales a los gobiernos estatales.

El desempeño del PRI se vio favorecido por el creciente desprestigio del gobierno de Fox, caracterizado por sus frecuentes conflictos con la oposición y el Congreso, y los fracasos en sus propuestas, en especial en la fiscal, que fue rotundamente rechazada por el Poder Legislativo y cuyo fracaso marcó la virtual parálisis del gobierno. Pero también influyó la relativa unidad interna del PRI que reactivó su eficacia electoral y estuvo condicionada por los beneficios que alcanzaron tanto Madrazo como los gobernadores. Las elecciones fueron el mejor medio para encontrar puntos de acuerdo. Tanto los mandatarios como Madrazo sabían que no podían imponer candidaturas libremente porque quien lo hiciera provocaría la inactividad del aparato priísta. De ahí que las candidaturas fueran negociadas de manera equitativa, en especial las plurinominales para el Congreso federal que, por su propio diseño, tienen su ingreso asegurado.⁴

Aunque en principio, debido al carácter estatal de las bancadas, parecía que los gobernadores serían los más beneficiados, Madrazo resultó favorecido porque los diputados ampliaron sus márgenes de libertad y en más de una ocasión pudieron desobedecer a los gobernadores. Esta variable cobró toda su importancia unos meses después de las elecciones federales, cuando Gordillo fue expulsada del liderazgo del grupo parlamentario, pues fueron las bancadas estatales las que apoyaron a Madrazo frente a la maestra. Un ejemplo de la forma en que los diputados pudieron actuar al margen de su gobernador se encuentra en el grupo del Estado de México, cuyo Ejecutivo, Arturo Montiel, fue hasta el último momento acérrimo enemigo de Madrazo y le dio poca oportunidad de intervenir en la selección de candidatos. Sin embargo, en esa importante coyuntura, la bancada estatal apoyó la destitución de Gordillo contra los deseos del mandatario.⁵

⁴ Como es bien sabido, los candidatos plurinominales no compiten contra nadie y su ingreso al Congreso depende de la votación total del partido, de tal manera que los primeros lugares de la lista están prácticamente asegurados y son, por ende, los más disputados por los grupos internos. El ingreso de los siguientes lugares depende de que la votación total del partido disminuya, lo que no deja de ser un juego perverso contra el mismo desempeño del partido.

⁵ El disgusto de Montiel fue público, pues a los pocos días de que Gordillo reconociera la destitución, el gobernador criticó al PRI y a los diputados por eso y por no apoyar las reformas fiscales de Fox que habían provocado el conflicto (Zárate y Galindo, 2003).

El presidente del PRI también trató de influir en las sucesiones de los gobernadores. Debido a la extrema competencia electoral, desde los años ochenta los mandatarios salientes terminaron con la tradición de no intervenir en las sucesiones, lo que significaba no sólo que el presidente decidiera, sino que lo hiciera por políticos normalmente poco conocidos en los estados. El PRI y los presidentes tuvieron que ceder el terreno a los gobernadores para que postularan candidatos competitivos y así garantizaran los triunfos priístas. Debido a ello, la selección naturalmente se convirtió en estatal y el gobernador saliente asumió la casi total responsabilidad de las elecciones y del triunfo priísta (Hernández, 2003).

Conviene no perder de vista estas condiciones porque, contra lo que podría haberse previsto en 2002, frente a la abierta oposición de la mayoría de los gobernadores a Madrazo, el tabasqueño tuvo un éxito notable en las sucesiones, si no para conseguir mandatarios que simpatizaran con él, al menos sí para neutralizar la oposición de los salientes. Como se señaló antes, en la elección por la presidencia del PRI Madrazo solamente contó con el apoyo explícito de siete mandatarios: José Murat, de Oaxaca; René Juárez, de Guerrero; Juan S. Millán, de Sinaloa; Manuel Andrade, de Tabasco; Antonio González Curi, de Campeche; Joaquín Hendricks, de Quintana Roo, y Víctor Hugo Tinoco, de Michoacán. De ellos, conservaría a casi todos e incluso a sus sucesores, con excepción de los de Guerrero y Michoacán, cuyas gubernaturas las perdería el PRI ante el PRD.

En el bando contrario el comportamiento fue distinto. Los 11 opositores en 2001 eran: Arturo Montiel, del Estado de México; Miguel Alemán, de Veracruz; Melquiades Morales, de Puebla; Armando López Nogales, de Sonora; Fernando Moreno Peña, de Colima; Tomás Yarrington, de Tamaulipas; Fernando Silva Nieto, de San Luis Potosí; Patricio Martínez, de Chihuahua; Manuel Ángel Núñez Soto, de Hidalgo; Ángel Sergio Guerrero Mier, de Durango, y Enrique Martínez, de Coahuila (Pacheco, 2006, p. 320). De ellos, sólo se mantuvieron Montiel y Martínez, pues Yarrington, Alemán y Núñez Soto, aunque serían opositores hasta el último momento, dejaron los cargos en los años siguientes y sus sucesores, si bien no apoyaron por completo a Madrazo, por lo menos no desplegaron la abierta oposición de sus antecesores, lo cual fue determinante para Madrazo en el momento de decidirse la candidatura. En otros casos el éxito del tabasqueño fue rotundo, como sucedió en Puebla, donde el sucesor de Morales, Mario Marín, respaldó a Madrazo desde que tomó el poder. San Luis Potosí dejó de tener importancia en 2005 porque ya era gobernado por el PAN.

Las negociaciones no siempre fueron tersas. En Sonora, Colima y el Estado de México los intentos de Madrazo de intervenir provocaron fuertes conflictos que en Sonora y el Estado de México perduraron hasta las elecciones federales. En Colima, aunque fue uno de los más sonados enfrentamientos, en el que incluso el PRI nacional intentó vetar al candidato, los acercamientos funcionaron a tal grado que el sucesor de Moreno Peña se mantuvo primero al margen y después al lado de Madrazo, y el mismo Moreno Peña se convirtió más tarde en un activo promotor de la candidatura madracista.

Como puede observarse, Madrazo remontó la oposición interna, logró influir en los diputados federales y neutralizó gran parte de la animadversión de los gobernadores heredados del zedillismo. Lo interesante de este proceso es que Madrazo, al mismo tiempo que mantenía los contactos con los mandatarios, ganaba espacios y cercanía con la militancia priísta. Pese a las experiencias previas, el tabasqueño nunca perdió su confianza en el aparato partidario para ganar popularidad y contrarrestar la fuerte influencia de los mandatarios y, desde las elecciones por el CEN, del sindicato magisterial. Bien puede decirse que Madrazo nunca perdió de vista que la candidatura, independientemente del proceso que siguiera, se decidiría en elecciones internas y que en ella el apoyo directo de los militantes era fundamental. Convencido de que los acuerdos eran frágiles, Madrazo no podía confiar en que Gordillo seguiría prestándole su apoyo y, por medio de ella, el del magisterio. Con una imagen de eficaz dirigente, capaz de ganar elecciones ya como partido de oposición, y con contactos directos con los mandatarios, Madrazo pudo construir su candidatura exactamente de la manera que el sistema priísta había evitado: desde la presidencia del PRI.

La candidatura de Madrazo

Aunque desde que se postuló a la dirigencia del partido en 2001 se sabía que Madrazo buscaba la candidatura presidencial y desde el primer día trabajó por ella, puede situarse el inicio del proceso a mediados de 2003, después de las elecciones federales. Como ya se señaló, aquellos comicios probaron que el PRI tenía serias posibilidades de recuperar el poder en 2006, pues el grupo parlamentario priísta se convirtió en primera mayoría, ocupó la mayor parte de las comisiones legislativas y fue centro de las decisiones del Congreso. Los problemas comenzaron porque Elba Esther Gordillo,

aliada de Madrazo un año atrás, y sin cuya ayuda no hubiera vencido a los labastidistas, se había convertido en diputada federal y líder de la bancada priísta, sin abandonar su cargo de secretaria general del partido.

No es fácil saber si Gordillo en ese momento tenía aspiraciones presidenciales o solamente pretendía controlar el PRI, consciente de que cuando Madrazo renunciara a la dirigencia ella lo sustituiría, de acuerdo con los estatutos. Lo cierto es que partir de agosto de 2003 Gordillo tenía un poder enorme que, sin embargo, no logró dosificar de manera adecuada. Sus estrechas relaciones personales con el presidente Fox y su esposa la llevaron a comprometer el voto priísta con las reformas presidenciales y, peligrosamente, con la fiscal. Al presentarse la iniciativa del presupuesto en octubre de 2003, la reforma fiscal fue revivida y apoyada sin reservas por Gordillo, quien incluso presentó, en nombre del PRI, una iniciativa aprobada ya por el gobierno federal.

Madrazo, cauteloso, se refugió en los documentos del PRI que expresamente declaraban la oposición a aumentar los impuestos y evitó enfrentarse de forma directa con Gordillo. Sin embargo, muy pronto se sentirían los efectos de la activa participación de Madrazo, pues fueron los propios diputados los que se opusieron a Gordillo y finalmente la destituyeron como líderesa de la bancada. A la cabeza de la rebelión se encontraban los grupos de Oaxaca, Puebla y, sorprendentemente, del Estado de México, lo que demostró un claro cambio en la correlación de apoyos a Madrazo por parte de algunos mandatarios y, en el caso del Estado de México, reveló que otros habían perdido el control absoluto de sus delegaciones legislativas (Teherán y Ochoa, 2003).⁶ A partir de entonces Gordillo prácticamente se retiró de la actividad pública, pero sin abandonar su cargo en el PRI y Madrazo obtuvo el control de la Cámara de Diputados, debido a que el sucesor de Gordillo al frente del grupo parlamentario fue Emilio Chuayffet, ex gobernador del Estado de México, promotor directo de Montiel y polémico ex secretario de Gobernación durante la administración de Zedillo.

Con ese cambio, ya no había dudas de que Madrazo tenía una posición privilegiada en el camino a la candidatura, pues controlaba el partido y, la

⁶ En esa fecha comenzó la revuelta contra Gordillo, pero se agravaría en los días siguientes porque 119 diputados pidieron expresamente su remoción. El 2 de diciembre fue destituida, no lo aceptó y amenazó con impugnar por la vía legal la decisión, hasta que el 11 de diciembre la reconoció en una carta en la que acusó a Madrazo de ser el promotor de tal medida (Teherán y Jiménez, 2003; Teherán y Herrera, 2003).

diputación priísta, había conseguido marginar temporalmente a Gordillo y alcanzado una mejor relación con los mandatarios. Esa certidumbre llevó a que nuevos y viejos adversarios se organizaran para impedir que obtuviera la postulación. Tras varias reuniones en las que estuvieron presentes conocidos opositores, como Labastida, Diódoro Carrasco y Genaro Borrego, así como la misma Gordillo, en abril de 2004 hubo una a instancias de Montiel y Núñez Soto, en una hacienda hidalguense, en la que participaron, además de estos dos últimos, Yarrington, Eduardo Bours, Natividad González Parás y el senador y líder de la bancada priísta, Enrique Jackson. En ella nació el grupo Unidad Democrática, mejor conocido desde entonces como Tucom (Todos unidos contra Madrazo), y la primera petición fue que Madrazo renunciara a la presidencia del CEN. Ya en ese momento se consideró la posibilidad de formar otro partido cuya base fuera el magisterio y que se materializaría en 2005, en plena campaña electoral.⁷

A juzgar por el tiempo transcurrido desde el nacimiento del grupo hasta su reconocimiento público, no hubo acuerdos entre los opositores, lo que desde el principio revelaría los múltiples intereses y diferencias internas, entre las que destacaban las aspiraciones presidenciales de varios participantes. La presencia de Labastida y de Gordillo muy pronto concentró las críticas, lo que obligó a su discreto alejamiento y a que los gobernadores y Jackson se convirtieran en los principales participantes. La falta de unidad y de un proyecto común, más allá de la simple animadversión contra Madrazo, fue distintiva del grupo y marcó decisivamente su futuro. Si bien se alejaron Labastida y Gordillo, en el grupo entraron y salieron varios políticos, como Miguel Alemán y Enrique Martínez, que en ocasiones asistían e incluso hablaban en nombre de todos, pero que no mantenían una presencia constante.

El grupo comenzó a tomar forma hacia finales de 2004, cuando González Parás, Bours, Martínez, Alemán, Yarrington, Núñez Soto y Jackson se reunieron con Madrazo para entregarle una carta en la que demandaban un órgano arbitral que vigilara el proceso de selección, determinara los tiempos y garantizara la equidad (Herrera, 2004). La urgencia se debía a que el 20 de noviembre comenzaría la XIX Asamblea Nacional, en la cual se revisarían los documentos del partido y se precisarían las condiciones del proceso de selección. A pesar de la premura, el grupo tardó en definirse; por ejemplo,

⁷La crónica de estos encuentros aparece en una nota de Jorge Octavio Ochoa (2004).

en enero de 2005 acordó que seleccionaría a un candidato propio que enfrentaría a Madrazo, pero todavía figuraban Alemán, González Parás, Bours y Labastida, además de Montiel, Núñez Soto, Martínez, Yarrington y Jackson (Ochoa, 2005a).

En marzo, al finalizar la prolongada asamblea, se produjo la ruptura con el presidente del PRI y la definición del Tucom, pues al discutirse algunos cambios estatutarios, las delegaciones del grupo, encabezadas por Montiel, abandonaron las sesiones porque consideraban que favorecían a Madrazo. Aunque regresaron e incluso en conjunto clausuraron la Asamblea, el desencuentro fue irremediable, tanto que Bours no sólo abandonó las sesiones sino el Tucom, para alejarse definitivamente de Madrazo (Teherán y Ochoa, 2005; Ochoa y Teherán, 2005). A la salida del sonoreense seguirían las de Alemán, González Parás y Labastida, y el Tucom quedaría integrado por Montiel, Núñez Soto, Yarrington, Martínez y Jackson. El alejamiento no fue total, pues como prueba de que muchos apoyos se mantenían estaba el nombramiento de Roberto Campa, fiel seguidor de Gordillo, como vocero del grupo. Aunque no figuraran en el grupo, los demás fueron activos promotores.

Las protestas del Tucom durante la Asamblea no eran infundadas, porque si bien no hubo cambios profundos, sí se dio mayor libertad a la presidencia del CEN, como fue conceder a la Comisión Política Permanente las mismas atribuciones del pleno del CPN, lo que significaba en la práctica anular al organismo y sobre todo la influencia de los gobernadores.⁸ Madrazo afirmaba el control partidario en medio de la debilidad del Tucom. De todas formas, Madrazo centró su actividad en la nueva integración del CPN, pues esta instancia decidía las condiciones, el método y los tiempos para elegir al candidato presidencial. Hacia mediados de mayo de 2005 se instaló el nuevo CPN, del cual Madrazo controlaba la mayoría de sus 1 282 miembros (Teherán, 2005a).

La integración del CPN fue significativa porque demostraba que las negociaciones de Madrazo habían rendido frutos. Este organismo debe renovarse cada tres años, de tal manera que esta era la primera vez que ocurría bajo la influencia directa de la presidencia de Madrazo. En menor o mayor

⁸ La Comisión es el órgano mediante el cual actúa el CPN cuando no se reúne, y está integrado por el presidente y el secretario general del CEN, el secretario técnico y 10 por ciento de los consejeros. Concederle a la Comisión las facultades del pleno significaba concentrar el poder del partido por completo en la presidencia del mismo. De ahí el disgusto del Tucom (PRI, s. f.).

medida, la conformación del CPN era resultado de acuerdos con los mandatarios y las organizaciones afiliadas, por lo que Madrazo podía confiar en que este órgano definiría condiciones aceptables para elegir al candidato. Con esa plataforma, el tabasqueño anunció el 14 de mayo que buscaría la candidatura, pero sin renunciar a la presidencia del PRI mientras el CPN definiera los tiempos, lo que ocurriría en julio de 2005. Estaba claro que Madrazo aseguraba el control institucional mientras que los miembros del Tucom, incapaces de alcanzar acuerdos comunes, perdían sus cargos en los gobiernos estatales. Un día después, el grupo anunció que en julio seleccionaría a su candidato, después de realizar reuniones por estado y campañas individuales. El método sería triple: una encuesta abierta a la población, una consulta a grupos representativos y una votación de los mismos miembros del Tucom (Teherán, 2005b; Ochoa, 2005b).

En la competencia por la candidatura los problemas los tenía el grupo opositor y no Madrazo, que se mantenía a salvo en la presidencia del partido. Las diferencias internas siempre afectaron al Tucom y, aunque participaron varios políticos en él, había uno que desde el inicio predominaba. Arturo Montiel siempre fue el más activo promotor de las reuniones, el que encabezó las demandas para que Madrazo renunciara con mucha anticipación a la presidencia del PRI, quien dirigió las protestas en la XIX Asamblea y quien más presionó para que el método para elegir candidato del Tucom fuera mediante encuestas abiertas. Las razones son fáciles de entender: debido a una circunstancia histórica, el gobernador del Estado de México es de los pocos cuyo mandato corre paralelo al del presidente de la república y termina en septiembre del penúltimo año presidencial, exactamente cuando los partidos suelen postular a sus candidatos. Esa circunstancia le da al gobernador una enorme ventaja porque, sin renunciar a su cargo, puede hacer campaña interna y utilizar todos los recursos políticos y económicos a su disposición. Más aún, no sólo conserva su puesto hasta septiembre, sino que puede asegurarse de que el sucesor le será leal y mantendrá los apoyos necesarios.

Esa era la razón de que Montiel siempre demandara la renuncia de Madrazo pero no aceptara abandonar la gubernatura, pues de acuerdo con los tiempos electorales estaría naturalmente sin cargo en septiembre de 2005. También por eso al elegirse el candidato para sucederlo, Montiel escenificó un abierto enfrentamiento con Madrazo que casi termina con el retiro del apoyo nacional del PRI y que tenía el propósito de mantenerlo fuera de la influencia del siguiente mandatario. Al asegurar el control del gobierno lo-

cal, Montiel presionó para que el Tucom decidiera mediante una encuesta, no sólo porque el Estado de México tiene una numerosa población y está cercano a la política nacional, sino porque él seguía siendo gobernador y ocupaba espacios públicos que lo hacían ampliamente conocido.

Ninguno de los demás miembros del Tucom tenía esas posibilidades. Yarrington y Núñez Soto dejaron las gubernaturas de Tamaulipas e Hidalgo en febrero y marzo de 2005, y aunque influyeron de forma decisiva en la selección de sus sucesores no pudieron garantizarse los recursos para ganarle a Montiel. Enrique Martínez, que dejaría el cargo en noviembre, y que por lo tanto sí contaba con apoyos institucionales, gobernaba una entidad demasiado alejada de la política nacional. En una situación parecida se encontraba Jackson, que aunque se desempeñaba como líder de la fracción priísta en el Senado y podía disponer de recursos económicos importantes, no tenía ninguna influencia en el aparato partidario. Su desventaja la compensaba en parte con el acceso a los medios de comunicación, lo que lo convirtió en el más fuerte adversario de Montiel dentro del grupo.

A pesar de las ventajas de Montiel, Madrazo gozaba de una posición adelantada, debido a su permanencia al frente del PRI. Esa fue la razón de que todos sus adversarios, dentro y fuera del Tucom, presionaran para que renunciara y, lo que se convirtió en un nuevo punto de fricción fue que lo sucediera Gordillo. Para el grupo, la maestra debía sustituir a Madrazo pero, de nuevo, no había acuerdo respecto al periodo que debía permanecer en el cargo. Algunos, como Jackson, proponían que convocara inmediatamente a elecciones y otros, como Yarrington, querían que se mantuviera hasta los comicios presidenciales, lo cual no era extraño porque de esa forma Gordillo intervendría en la selección del candidato y en la misma campaña presidencial (*El Universal*, 2005a). Para los miembros del Tucom era indispensable contrarrestar la influencia de Madrazo incluso cuando éste se separara del CEN, y no había nadie capaz de hacerlo más que Gordillo, quien tenía a su disposición al magisterio nacional.

Al tiempo que el Tucom presionaba por la presidencia de Gordillo, insistió en elecciones abiertas para elegir candidato pero bajo el esquema de distritos, no por mayoría de votos. Al final, Madrazo y el Tucom aceptaron que Gordillo fuese la sucesora, pero tendría que renunciar inmediatamente después de convocar a nuevas elecciones para que el candidato se eligiera mediante voto abierto y por la suma total de sufragios. La negativa de Gordillo a aceptar esa interpretación de los estatutos proporcionó días adicionales a Madrazo al frente del PRI, pues el CPN, ante la duda, extendió el plazo

hasta principios de agosto y no al 10 de julio, como se había previsto desde la Asamblea (*El Universal*, 2005b). Pocos días después el Tucom eligió, como ya se preveía, a Montiel como su candidato para enfrentar a Madrazo (Ochoa, Cortés y Samaniego, 2005). A partir de entonces y hasta finales de mes, el problema del PRI fue definir al sucesor de Madrazo. Ante la negativa de que Gordillo se mantuviera hasta las elecciones presidenciales o de que uno de sus seguidores pudiera estar al frente del PRI, Gordillo se retiró para promover activamente la oposición a Madrazo (*El Universal*, 2005c).

No es posible determinar cuánto éxito habría tenido Montiel frente a Madrazo, pero no hay duda de que era un competidor fuerte. Ambos dejarían sus cargos prácticamente en la misma fecha y mantendrían sus apoyos institucionales. Sin embargo, para entonces Madrazo ya había concitado la animadversión de numerosos grupos priístas, en especial de varios gobernadores que desde el principio habían apoyado a Montiel y que sin duda lo respaldarían en las elecciones internas. Madrazo, por su parte, retuvo el control sobre la estructura del partido e incluso había aumentado el número de mandatarios a su favor o, por lo menos, había neutralizado a algunos. Eso se demostró indirectamente en septiembre, cuando el CPN expidió la convocatoria para la elección interna, que se llevó a cabo el 13 de noviembre, la cual impugnaría Montiel por considerarla parcial y favorable a Madrazo. En aquella ocasión fueron los gobernadores de Oaxaca, Nuevo León, Coahuila, Sinaloa, Tamaulipas, Puebla, Durango, Campeche, Hidalgo, Estado de México y Veracruz, los que públicamente dieron la razón al CPN. Como puede advertirse, en la lista estaban viejos simpatizantes de Madrazo pero ya aparecían nuevos y muy importantes participantes originarios del Tucom, como los de Nuevo León y Coahuila y otros recién elegidos, como los de Hidalgo, Veracruz y el Estado de México, que se distanciaban de sus mentores (Saúl y Cortés, 2005).

A pesar de los cambios en los apoyos, la incertidumbre se mantuvo, como lo prueba el hecho de que varios dirigentes del PRI, en especial los sindicales, insistieran en que Montiel y Everardo Moreno, quien ya estaba en campaña, renunciaran para que Madrazo fuera candidato de *unidad*. Más aún, con frecuencia se mencionó al mismo Montiel como presidente sucesor del PRI en caso de declinar, y además como encargado de la campaña. Los esfuerzos no sólo se encaminaban a fortalecer al partido y a su candidato, sino a evitar lo que se veía como una fractura interna, cualquiera que fuese el resultado de la elección primaria, que afectaría a largo plazo al PRI.

No hubo manera de probarlo porque sorpresivamente, dos días después de que los tres aspirantes se registraran, aparecieron las noticias sobre los recursos personales y familiares de Montiel (Cortés, 2005).⁹ Primero se acusó a sus hijos de evasión fiscal, cuentas bancarias y operaciones financieras dudosas o claramente ilícitas, y después al mismo Montiel y a su esposa de acumular bienes, en México y el extranjero, así como recursos excesivos que no podían provenir de sus ingresos declarados. Aunque Montiel trató de defenderse, no pudo detener las acusaciones de corrupción y renunció a la candidatura diez días más tarde (Cortés y Aponte, 2005).¹⁰

Desde luego que Madrazo fue acusado de proporcionar la información sobre Montiel, con el obvio propósito de desacreditarlo en la competencia. Aunque es posible, no es fácil afirmarlo porque las fuentes siempre citaron documentos judiciales o fiscales, incluso averiguaciones previas en marcha, que sólo podían proceder de la Procuraduría General de la República o la Secretaría de Hacienda. No era descabellado suponer que el mismo gobierno de Fox, preocupado por el avance tanto del PRD como del PRI y los problemas que enfrentaba el PAN para definir a su candidato, proporcionara los datos para desacreditar no sólo a Montiel sino, como en realidad ocurrió, al mismo Madrazo. Sea como fuere, la competencia interna perdió credibilidad porque solamente se mantuvo Everardo Moreno como segundo aspirante. Moreno, priísta poco conocido y por ende sin apoyos importantes, no podía presentarse como real opción frente a Madrazo. La salida de Montiel dejó indefensos a los gobernadores y simpatizantes que no deseaban a Madrazo, pues no hubo quién lo sustituyera. En realidad, la renuncia de Montiel tomó por sorpresa a más de uno de sus seguidores, como lo demostraría Eduardo Bours, gobernador de Sonora y permanente opositor de Madrazo, que la calificó de “preocupante e inapropiada” el mismo día que Montiel la hizo

⁹ La denuncia apareció por primera vez en un conocido noticiero matutino de Televisa y a partir de entonces tanto medios escritos como electrónicos lo retomaron diariamente.

¹⁰ No era del todo sorprendente la fortuna de Montiel, porque se sabía que contaba con importantes recursos mucho antes de alcanzar la gubernatura. Aunque Montiel ingresó joven a la política, un mal cálculo de su mentor en el Estado de México, Juan Monroy, lo obligó a retirarse a los negocios privados durante cerca de una década. Otra circunstancia fortuita lo regresaría a la política en los noventa, con tan buena suerte que terminó siendo gobernador, con una fortuna personal bastante cuantiosa. De cualquier forma, la cantidad de bienes que los medios registraron en 2005 sobrepasaba cualquier expectativa. Una reconstrucción de la trayectoria política de Montiel se encuentra en Hernández (2005).

pública. La oposición, ya sin recursos para impedir la candidatura de Madrazo, simplemente se extinguió y el tabasqueño ganó las elecciones internas de forma aplastante, con 90 por ciento de los votos (*Voz y Voto*, 2005).¹¹

Competencia sin reglas, partido disponible

La trayectoria de Madrazo, desde los noventa cuando ganó la gubernatura de Tabasco, siempre estuvo empañada por acusaciones de corrupción y deslealtades a sus compañeros de fórmula. A pesar de ello, construyó una imagen de liderazgo dentro del PRI que lo llevó a competir dos veces por la candidatura presidencial y a ganar la presidencia del partido. Aunque parece contradictorio, la mala imagen pública no era compartida por la militancia priísta que apreciaba más su eficacia como dirigente, primero en medio de un agudo distanciamiento de los presidentes priístas y después, de los partidos de oposición.

En esas circunstancias, Madrazo supo aprovechar la orfandad política de la militancia y la notoria ausencia de normas para regular la competencia. Madrazo opuso a la creciente influencia de los gobernadores la fuerza de la estructura partidaria y aprovechó hasta el final la incapacidad de los mandatarios para alcanzar acuerdos. Como lo demuestran los años de gestión de Madrazo al frente del PRI, los gobernadores, al margen de sus diferencias, establecieron acuerdos cambiantes lo mismo entre ellos que con Madrazo, lo que mostraba, por un lado, su variabilidad política y, por otro, que los enemigos no eran permanentes. Madrazo podría tener muchos y considerables defectos frente a la opinión pública, pero es un político hábil y experimentado que conocía muy bien los entretelones priístas y que supo manipularlos en su momento.

El primer punto a favor de la candidatura de Madrazo fue la inexistencia de reglas y órganos que vigilaran la competencia interna. Su carencia fue ostensible desde 1999, cuando el presidente de aquel entonces, aún priísta, perdió el control tradicional de la decisión. Pero aun cuando todos los líderes y grupos internos lo sabían y conocían las consecuencias de no contar

¹¹ El porcentaje de 90 por ciento resulta solamente de los votos válidos. Al considerar la votación total, Madrazo desciende a 70 por ciento (véase el Anexo).

con una normatividad, no hubo ningún intento serio por diseñarla. Ni los gobernadores ni menos aún Madrazo se propusieron establecer un marco regulatorio creíble y legítimo que garantizara acuerdos y, sobre todo, la unidad del partido. Visto a la distancia, la falta de normas parece conveniente para todos porque permite que se determinen y apliquen circunstancialmente, dependiendo de la correlación de fuerzas. Esa parece ser la conclusión después de que, tanto en 1999 como 2002, las elecciones internas mostraron que podían ser manipuladas a pesar de la participación ciudadana y del escrutinio público. Aunque Madrazo ganó de esa forma y mantuvo la oposición de sus adversarios, nadie intentó fijar normas institucionales.

En esa lógica, ambas partes construyeron sus espacios. Madrazo fortaleció sus vínculos con la estructura partidaria, con algunos mandatarios y con los diputados y senadores, mientras que los gobernadores opositores formaron de manera paulatina una organización que lo enfrentara. Como se ve claramente por el desarrollo de los acontecimientos, el Tucom fue integrándose y definiéndose de forma lenta y tardía, mientras que Madrazo mantuvo el control del partido. Un elemento que contribuyó a esa indefinición fue el convencimiento de que no todos los gobernadores tenían las mismas oportunidades de enfrentar a Madrazo. El papel protagónico que desde el principio tuvo Montiel indica no sólo su interés, sino el reconocimiento de sus compañeros de que él estaba en la mejor posición para disputar la candidatura. Los intentos del Tucom estuvieron dirigidos a imponer límites a la influencia de Madrazo, ya fuera relevándolo del cargo con mucha anticipación o buscando a Gordillo como contrapeso eficaz. Que se trataba de restar fuerza a Madrazo pero no de crear condiciones equitativas de competencia lo prueban las dos demandas centrales del grupo opositor. La primera, su insistencia en que Madrazo renunciara pero sin que los gobernadores Montiel y Martínez, así como el senador Jackson, dejaran sus cargos, y la segunda, que la elección interna fuese, como en 1999, por distritos, para que los mandatarios pudieran manipular los resultados. No se trataba de encontrar reglas institucionalmente adecuadas, sino arreglos específicos que dieran ventajas particulares.

Esa falta de reglas no sólo marcó la competencia de Madrazo y el Tucom, sino los conflictos que se desarrollaron paralelamente. El problema de quién y por cuánto tiempo sucedería a Madrazo fue resultado de la ambigüedad de los estatutos y de la discrecionalidad del CPN para interpretarlos. Desde que Madrazo se asoció con Gordillo para ganar la presidencia, ambos sabían que la secretaria general podía sustituirlo. No es creíble que los dos

lo ignoraran, pero tampoco los gobernadores que, en el fondo, siempre la vieron como una posible aliada, y especialmente Montiel, que hizo lo posible por mantenerla a su lado. Limitar a Madrazo fue siempre una meta de los opositores, como bien lo demuestra Gordillo, quien hizo cuanto pudo para apoyar al Tucom, a Montiel y, cuando todo falló, a un nuevo partido y la campaña abierta contra el tabasqueño. Tanto la elección como los enfrentamientos dependieron de la ausencia de regulaciones.

Pero no todo fue manipulación. También hubo cálculos políticos de los opositores como puede observarse hacia el final de la competencia, cuando los priístas en general y la mayoría de los mandatarios vieron a Madrazo como un candidato capaz de ganar. La influencia partidaria que había alcanzado y la eficacia electoral que había desarrollado el PRI bajo su gestión lo hicieron creíble para los grupos internos. Aunque durante la campaña los apoyos cambiaron dramáticamente, no siempre fue así y menos al principio. Un reciente estudio ha mostrado que de 132 líderes priístas, entre los que se encontraban gobernadores, senadores, diputados y dirigentes del partido, cerca de 50 por ciento apoyó a Madrazo entre marzo y junio de 2005, cuando el Tucom ya existía, había presentado sus primeras propuestas y había decidido el método para seleccionar a su candidato. Cuando Montiel quedó eliminado, el apoyo a Madrazo se elevó a 80 por ciento y se mantuvo así hasta principios de 2006 (Langston, 2006). Estos datos demuestran no sólo que Madrazo contaba con verdaderas simpatías en el PRI sino que la eliminación de Montiel, lejos de afectarlas, las incrementó.

El cambio a partir de 2006 está asociado con otro factor no partidario, sino claramente electoral. Las preferencias por Madrazo, por lo menos hasta principios de 2006, eran consistentes y lo presentaban como un fuerte candidato. En noviembre de 2005, cuando todos los partidos habían elegido a sus candidatos, incluido el PAN, Andrés Manuel López Obrador encabezaba las encuestas con 34.8 por ciento de las preferencias, seguido de Madrazo con 30.4 por ciento y al final Felipe Calderón con 28.8 por ciento. Pero en enero de 2006 las cifras habían cambiado drásticamente, pues López Obrador se mantenía al frente con 38.7 por ciento, pero el PAN ya ocupaba el segundo lugar con 31 por ciento de las preferencias. Madrazo había sido desplazado al tercer puesto con 29.2 por ciento y no lo abandonaría a lo largo de toda la campaña (Consulta Mitofsky, 2005 y 2006). Los cambios en las preferencias ciudadanas, que rápidamente favorecieron a López Obrador y a Calderón, y que al final polarizaron los votos entre estas dos únicas opciones, no sólo acabaron con las ventajas electorales de Madrazo, sino que afectaron deci-

sivamente sus apoyos dentro del PRI. A partir de entonces, como lo señala Langston, el porcentaje de los líderes que respaldaban a Madrazo bajó a menos de 50 por ciento (Langston, 2006). Cada vez sería más claro que Madrazo perdía preferencias y que la votación se decidiría entre el PRD y el PAN. No es tema de este ensayo analizar la campaña misma, pero se puede afirmar que los líderes del PRI, especialmente los gobernadores, que controlaban los aparatos locales, optaron por favorecer a alguno de los candidatos fuertes y, como lo dijera Murillo Karam, uno de los más firmes adversarios de Madrazo, ante la certeza de que el tabasqueño perdería, el PRI debía concentrarse en ganar las campañas por el Congreso y no comprometerse en una causa perdida.¹²

A ello contribuyeron varios factores que, aunque requieren un análisis particular, fuera del alcance de este ensayo, pueden enumerarse. El primero fue el reparto de candidaturas al Congreso que benefició a los mandatarios según su influencia y capacidad de negociación. Si bien el resultado no fue igual, a todos les aseguró una representación directa en la nueva legislatura. En esas condiciones, la caída en las preferencias ciudadanas por Madrazo estimuló el cambio de preferencias de los gobernadores por los otros candidatos sin que por ello vieran comprometidas sus ganancias legislativas. Para ellos fue posible e incluso benéfico separar las elecciones presidenciales de las legislativas.

Otro elemento fue el erróneo cálculo de Madrazo sobre sus posibles adversarios. Hacia 2005 todo parecía indicar que el PAN postularía a Santiago Creel, secretario de Gobernación de Fox, cuya trayectoria y desempeño habían sido muy criticados. Con ese abanderado, el PAN no significaría una amenaza real y la competencia se centraría entre Madrazo y López Obrador, candidato indiscutible del PRD. En ese escenario, Madrazo y su equipo confiaban en que la ventaja electoral del PRI vencería la popularidad del jefe de gobierno, para entonces dañada por los enfrentamientos con el gobierno federal. Sin embargo, el PAN experimentó una competencia inesperada que no sólo eliminó a Creel sino que produjo un candidato competitivo. Felipe Calderón, un político identificado con la corriente tradicional del panismo y que no gozaba de las simpatías de Fox ni de la dirección de su partido, venció a Creel en las elecciones internas. Calderón se convirtió de inmediato en un candidato creíble y capaz de enfrentarse al que se mantenía

¹²Citado por J. Langston (2006).

en el primer lugar, López Obrador. El escenario cambió por completo y pronto se encaminó a un enfrentamiento entre la derecha, representada por Calderón, y la izquierda, encabezada por López Obrador, que eliminó por completo a Madrazo y al PRI.

Madrazo quedó atrapado en una nueva realidad que no había considerado y que se tradujo en una evidente indefinición ideológica y programática que se agudizó conforme el PAN y el PRD polarizaron la competencia. El candidato priísta no pudo crear una imagen convincente que se colocara en medio de la derecha y la izquierda extremas que sus adversarios presentaron y que muy pronto dividieron al electorado. La mala imagen de Madrazo, construida por él mismo pero también alimentada por sus adversarios internos encabezados por Gordillo, que se empeñó en retirar al SNTE del PRI y en construir con los maestros un nuevo partido, se combinó con una endeble defensa del centro ideológico que el PRI comenzó a desarrollar tardíamente. Mientras el PRI buscaba un espacio libre, Calderón y López Obrador no tuvieron problemas en ocupar los suyos. El primero se presentó como continuador del proyecto foxista, empeñado en mantener el mismo modelo económico y en impulsar las reformas fiscal y energética que fueron tan costosas para el anterior presidente. En el polo opuesto, López Obrador desarrolló un discurso de protección a los pobres, destinado a reinstalar la intervención del Estado y a cambiar por completo el modelo de libre mercado. Muy pronto López Obrador representó el populismo, tan temido por empresarios y clases medias, y Calderón los proyectos de la derecha mexicana. Esta polarización eliminó al resto de los contendientes, incluido el propio Madrazo y el PRI. Ante la creciente percepción de que el PRI no tenía posibilidades de vencer, los grupos internos y en especial los gobernadores promovieron la migración del voto priísta hacia los dos candidatos fuertes. Madrazo perdió aceleradamente los apoyos y, lo más grave, el control local de la maquinaria priísta que retuvieron los mandatarios.

Madrazo fue capaz de construir su candidatura, lo que principalmente significó vencer una feroz competencia interna, pero no logró vencer a sus adversarios en los otros partidos ni convertirse en una opción creíble para los ciudadanos. La elección de Madrazo pone de relieve los diversos problemas que enfrenta el PRI desde que perdiera las elecciones de 2000. Para empezar, la falta de liderazgo y de normas que regulen la competencia interna y la multiplicación de grupos que deliberadamente aprovechan esa circunstancia para obtener beneficios inmediatos. El PRI había logrado mantenerse como primera fuerza electoral e incluso convertirse en una ver-

dadera opción en 2006 gracias a los acuerdos internos que habían reconstruido la unidad del partido y, por ende, habían revitalizado la maquinaria priísta.

La manera en que Madrazo obtuvo la candidatura provocó que esas condiciones se perdieran. Sin reglas, los competidores se apoyaron en sus propios recursos para imponerse pero sin alcanzar acuerdos de largo plazo. Si bien ninguno de los competidores se apartó de este principio, la cuestionada candidatura de Madrazo provocó conflictos y divisiones que afectaron de forma decisiva al PRI. En el pasado esas divisiones habían motivado que algunos sectores del partido se mantuvieran al margen del proceso electoral, como ocurrió en 2000, pero los conflictos aumentaron de tal manera que seis años después los adversarios internos prefirieron apoyar a los candidatos del PAN y del PRD, que aceptar la derrota por la candidatura. En realidad, esa decisión no respondió solamente a la caída de Madrazo en las preferencias electorales, sino a que los grupos vieron en ella una oportunidad de vengar viejos agravios.

Las divisiones internas no son, desde luego, extrañas en los partidos, pero ninguno puede sobrevivir si no establece un marco regulatorio que determine los límites de los conflictos. Sin esa normatividad puede ganar el más hábil o el que tenga más recursos, pero a cambio de una severa división partidaria que anule sus ventajas electorales, tal como ha ocurrido en el PRI desde hace casi una década. 

Referencias bibliográficas

- Cámara de Diputados (2000-2006), XLVIII y XLIX legislaturas.
- Cárdenas Cruz, Francisco (2002), “Pulso Político”, *El Universal*, 9 de enero.
- Castañeda, Jorge G. (1999), *La herencia*, México, Alfaguara.
- Chávez, Elías (1987), “Un telefonema de Alfredo del Mazo”, *Proceso*, 571, 12 de octubre.
- Consulta Mitofsky (2005), *Así van...*, noviembre.
- _____ (2006), *Así van...*, febrero.
- Cortés, Nayeli (2005), “Acusa Montiel a Madrazo de guerra sucia”, *El Universal*, 11 de octubre.
- Cortés, Nayeli y David Aponte (2005), “Montiel tira la toalla; Madrazo busca ser candidato de unidad”, *El Universal*, 21 de octubre.
- El Universal*, (2005a), 1-9 de julio.

- _____ (2005b), 11-13 de julio.
- _____ (2005c), 26-30 de agosto.
- Excélsior* (1987), “Acuerdo del CEN del PRI”, 13 de agosto.
- Garrido, Luis Javier (1993), *La ruptura*, México, Grijalbo.
- Garza, Antonio (1987), “En el futuro consulta a las bases”, *Excélsior*, primero de julio.
- Hernández R., Rogelio (1991), “La reforma interna y los conflictos en el PRI”, *Foro Internacional*, 126, octubre-diciembre.
- _____ (2003), “The Renovation of Old Institutions: State Governors and the Political Transition in Mexico”, *Latin American Politics and Society*, 4, invierno.
- _____ (2005), “Arturo Montiel: El agotamiento de una élite”, en Jorge Zepeda *et al.*, *Los suspirantes*, México, Planeta.
- Herrera, Jorge (2004), “Pacta el PRI equidad para 2006”, *El Universal*, 16 de noviembre.
- La Crónica de hoy* (2001), 19 de noviembre.
- Langston, Joy (2001), “Why Rules Matter: Changes in Candidate Selection in Mexico’s PRI, 1988-2000”, *Journal of Latin American Studies*, 3, agosto.
- _____ (2006), “The PRI’s Troubled 2006 Presidential Campaign”, documento inédito.
- López Portillo, José (1988), *Mis tiempos*, México, Fernández Editores.
- Ochoa, Jorge Octavio (2004), “Resurge rebelión contra Madrazo”, *El Universal*, 20 de noviembre.
- _____ (2005a), “Enfrentará candidato de gobernadores a Madrazo”, *El Universal*, 19 de enero.
- _____ (2005b), “Confirman que Madrazo lanza precandidatura”, *El Universal*, 25 de mayo.
- Ochoa, Jorge Octavio y Jorge Teherán (2005), “El PRI, listo para la contienda: Madrazo”, *El Universal*, 5 de marzo.
- Ochoa, Jorge Octavio, Nayeli Cortés y Fidel Samaniego (2005), “Montiel será rival de Madrazo en el PRI”, *El Universal*, 5 de agosto.
- Pacheco, Guadalupe (2002), “La redefinición de las reglas internas de poder en el PRI, 1988-2001: De la XIV a la XVIII Asamblea Nacional”, *Argumentos*, 43, diciembre.
- _____ (2006), “¿Hacia la cuarta etapa del Partido de la Revolución? La elección interna de dirigentes del PRI en febrero de 2002”, *Foro Internacional*, 184, abril-junio.
- PRI (2003), Informe del CEN a la XIX Asamblea Nacional.

- _____ (s. f.), Estatutos, arts. 78 y 79.
- Rodríguez, Rafael (1987), “Evidencias de que los comparecientes fueron dirigidos desde la presidencia”, *Proceso*, 566, 7 de septiembre.
- Saúl, Lilia y Nayeli Cortés (2005), “Sigue pugna en el PRI por la convocatoria”, *El Universal*, 30 de septiembre.
- Smith, Peter H. (1981), *Los laberintos del poder*, México, El Colegio de México.
- Teherán, Jorge (2005a), “Decide PRI en julio 15 elección de aspirantes”, *El Universal*, 10 de mayo de 2005.
- _____ (2005b), “Piden a Madrazo no ‘agandallarse’ la candidatura”, *El Universal*, 24 de mayo.
- Teherán, Jorge y Jorge Herrera (2003), “Madrazo dividió al PRI: Elba”, *El Universal*, 12 de diciembre.
- Teherán, Jorge y Sergio Javier Jiménez (2003), “Amaga Elba con pleito legal por coordinación”, *El Universal*, 3 de diciembre.
- Teherán, Jorge y Jorge Octavio Ochoa (2003), “Por el IVA, rebelión en el PRI contra Gordillo”, *El Universal*, 29 de octubre.
- _____ (2005), “Abandonan asamblea delegados priístas”, *El Universal*, 4 de marzo.
- Voz y Voto* (1999), núm. 82, diciembre.
- _____ (2002), núm. 109, marzo.
- _____ (2005), núm. 154, diciembre.
- Zárate, Arturo y Blanca Patricia Galindo (2003), “Critica Montiel negativa a la reforma fiscal de Fox”, *El Universal*, 23 de diciembre.

Anexo

a) Elecciones primarias para candidato presidencial, noviembre de 1999

	Votación total	%	Distritos totales	%
Francisco Labastida	5 337 545	54.8	272	90.7
Roberto Madrazo	2 766 866	28.4	21	7.0
Manuel Bartlett	579 434	5.9	7	2.3
Humberto Roque	422 069	4.3	0	0
Anulados	633 337	6.5	–	–
Totales	9 739 251	100	300	100

b) Elecciones internas para presidente del CEN, febrero de 2002

	Votación total	%
Roberto Madrazo	1 518 063	48.4
Beatriz Paredes	1 466 217	46.8
Anulados	149 838	4.8
Total	3 134 118	100

c) Elecciones primarias para candidato presidencial, noviembre de 2005

	Votación total	%
Roberto Madrazo	2 824 332	71.7
Everardo Espino	307 178	7.8
Anulados	807 080	20.5
Total	3 938 590	100

Fuente: Voz y Voto (1999, 2002 y 2005).